dará de nosotros; depondrá nuestras maldades, y arrojará en el profundo del mar todos nuestros pecados; esto es, los echará donde más no parezcan, sino que queden ahogados eternamente. En lo cual vence la eficacia de la gracia a la del pecado, porque una vez perdonado el pecado, queda tan muerto y deshecho, que aunque torne el hombre a pecar, jamás revivirá la culpa que una vez destruyó la gracia; pero aunque los merecimientos que se hicieron en gracia se pierdan por el pecado mortal que se comete, si después torna uno a estar en gracia, reviven todos. Finalmente, David declaró esto bien vivamente diciendo (Ps. 102): *Cuanto dista el oriente del occidente, tanto puso Dios lejos de nosotros nuestras maldades.* Porque así como no hay en la tierra más distantes extremos que oriente y ocaso, así no hay mayor extremo en el alma que de la gracia y pecado. Porque en amaneciendo la luz de la gracia, deshace las tinieblas de los pecados; y así como el día destruye totalmente la noche, así el pecado mortal queda destruído por la gracia.

Lo último en que se manifiesta la fuerza de la gracia es que ejecuta su virtud, no en largo tiempo, sino en un instante. Porque así como un medicamento tanto es más eficaz cuanto en más breve tiempo tiene su operación, así también la gracia, como no ha menester tiempo sino un momento, tiene inmensa la contrariedad y virtud contra el pecado. En el punto en que con verdadero dolor dijo David (2 *Reg.*): *Pequé contra el Señor,* reveló Dios al profeta Natán que le había perdonado sus pecados; y yo pienso que antes que lo pronunciase. El mismo David, celebrando en un salmo esta brevedad con que le fueron perdonados sus pecados, lo cuenta así: *Yo dije: confesaré al Señor contra mí mismo mi maldad, y Tú perdonaste la impiedad de mi pecado.* Tan pronto como propuso y dijo David en

su corazón, con verdadera contrición, que quería confesar sus pecados, antes que lo hiciese y lo oyese el profeta Natán, ya Dios, por la gracia, le perdonó, y de un demonio, se volvió en un instante como ángel del cielo. ¿Quién no se admira de esta brevedad y virtud inmensa de la gracia con que obra, no venciendo cualquier contrario, sino tan enorme y fuerte y monstruoso enemigo como la culpa mortal? Y esto no contrapesándose las cantidades, sino obrando un minuto (5) de gracia para prevalecer contra millones de pecados y todos los del mundo.

Y esta victoria no es sólo ahuyentándolos, sino asolándolos totalmente, y aniquilándolos para no levantar más cabeza; y esto todo, no en mucho tiempo, sino en el mismo instante que se infunde en el alma.

Allégase a esto que la gracia no sólo nos quita tan grande y tan desesperado mal como el pecado, sino que nos libra del infierno, y con esto nos libra de innumerables penas y males; y no sólo nos libra de tantos males, sino que nos da de presente grandísimos bienes. Ahora nos hace hijos de Dios; después nos hará poseedores del mismo Dios.

Estimemos esta medicina divina, que no sólo sana enfermedades, sino muertes; ni sólo da salud, sino también inmortalidad. ¿Qué diligencias no se hacen por quitar un mal del cuerpo, un agudo dolor o una enfermedad peligrosa? ¿Quién reparó en la hacienda por comprar la salud, aunque dudosamente, y a costa de su sangre y tormentos que suelen causar médicos y cirujanos? Aunque hagan carnicería de sí y corten brazos y piernas, todo se juzga por menos que la vida del cuerpo.

Cosa es de admirar la estrechura de vida a que se reduce un doliente por sanar de un mal corporal. Vergüenza es que no haya religión tan áspera y estrecha como es la vida que voluntariamente toma un enfermo por la vida corporal; y por la vida espiri-

(5) Minuto = grano, unidad de peso.

tual nos parezca riguroso el estado religioso. ¿Qué religión hay tan observante y áspera como la vida de un enfermo? No hace en nada su voluntad: quiere beber, no se lo dan; no quiere comer, y fuérzanle a ello; quiere dormir, y estórbanselo; quiere hablar, prohíbenselo; si le mandan dar la sangre, ha de extender el brazo; si le mandan abrasar con hierros ardientes para algún cauterio, lo ha de sufrir. ¿Qué religión hay en que de esta manera se ejerciten los súbditos? ¿Qué obediencia se ha practicado con este rigor? Y calla, y no propone el doliente. Demás de esto, de negocios de esta vida no ha de tratar; cesan todas las correspondencias. ¿Qué religión hay más retirada? ¿Pues qué clausura no guarda? No hay cartujo ni monja que así la tenga; de un aposento no ha de salir. ¡Tantos males se padecen por librarse de un mal!

Y si tantos males ciertos se sufren por un bien incierto, ¿por qué no se busca el bien de la gracia por librarse del mal del pecado y del infierno? La medicina del pecado no es a tanta costa; no es mal que libra inciertamente de otro mal, sino un bien sobre todos los bienes del mundo, que libra certísimamente del mayor mal de los males. Si en esta aspereza de vida se ponen los hombres por la vida temporal, ¿qué excusa puede haber delante de Dios de no ponernos en alguna estrechura por la salud espiritual y vida eterna?

Si hubiera un medicamento que, aplicado a un difunto, le sanara de la muerte, ¿qué precio no se daría por él? La gracia es esta medicina eficacísima, que sana muertos y restituye a una vida divina; y esta medicina es sin bascas, sin congojas, sin amargura, sin peligro, sin costa. ¡Bendito sea Dios, que tanto nos hizo más fácil la vida eterna que la temporal, cuanto importa menos vivir en tiempo que por una eternidad!

CAPITULO 5

LA LUZ ES UNA SOMBRA DE LA GRACIA.—HÁCESE COMPARACIÓN DE LA HERMOSURA DE LA LUZ CON LA DE LA GRACIA

§ 1

Las excelencias que hasta aquí hemos dicho de la gracia son tan grandes, que exceden toda comparación y semejanza. Con todo eso, para dárnoslas a entender San Efrén, San Macario y otros santos, la comparan a la luz, que es la cosa más admirable y noble que conocen los sentidos, porque no hallaron en todas las cosas materiales ninguna que más dibuje a la gracia, que la más noble calidad que en los cuerpos conocemos. Por lo cual, así como llamó Drogo Hostiense a la luz *la gracia del sol*, así los Santos Padres llaman a la gracia *la luz de Dios;* porque si bien no hay comparación entre la gracia, que es espiritual, y la luz material, hay alguna proporción que declarará lo que hasta aquí hemos dicho. De la manera que entre la sombra y el cuerpo de que es sombra no hay comparación, y con todo eso hay alguna proporción, para que por la sombra que se extiende por el suelo se pueda conocer la alteza de una torre que se levanta hasta el cielo, así también por esta luz material que vemos se puede rastrear algo de la luz espiritual. Y no es poca esta grandeza, que sea la misma luz que alegra al mundo no más que una sombra de la gracia.

Esta comparación de la luz y la gracia es muy conforme a la Sagrada Escritura; y así, por ser Dios Autor de la gracia, le llama Santiago [1, 17] *Padre de las luces, del cual desciende todo don perfecto*; esto es, la gracia, que es don de Dios

y perfectísimo, así por ser muy gracioso como por ser grande. Por la misma causa los que están en gracia se llaman *hijos de luz*, y sus obras *de luz*. Al contrario del pecado, que se llama tinieblas, y los demonios, que son causa de él, *rectores de las tinieblas*. Compárase, pues, la gracia a la luz, por la excelencia de esta calidad; porque la luz es la más noble de todas las calidades sensibles, y que excede incomparablemente a todas las demás; y todas las cosas sin luz no son de estimar, ni pueden dar gusto a la vista.

Es, pues, la luz una calidad tan eminente y rara, que ha admirado a los más despiertos ingenios, que no acaban de acertar a decirnos qué cosa es, por sus raras condiciones. Y así dijo un filósofo, que no había cosa más clara que la luz, ni cosa más oscura: clara, al sentido que la ve, oscura, al ingenio que no la comprende ni sabe definir qué cosa es. Lo que más se puede saber de ella es lo que no es, que no es cuerpo, no es espíritu; al modo de Dios, que mejor sabemos lo que no es, que lo que es. Por eso más la suelen alabar que definir. Unos dijeron que la luz era la flor de los colores; otros, que era la hermosura del mundo; otros, que era apacible risa del cielo; otros, alegría de la naturaleza; otros, estatua de Dios; otros, vínculo del universo; otros, vida de las cosas; otros, regalo del sentido; otros, recreación del espíritu; otros, los ojos del mundo; otros, bizarría de Dios; otros dijeron que la luz era un alma visible de las cosas, como el alma luz invisible; otros, que era un dios limitado para acomodarse a obrar en las cosas; otros decían que era calidad espiritual; los Fenices dijeron que era acto de la naturaleza angélica y divina.

San Dionisio Areopagita dice que el Sumo Bien es alabado con renombre de luz. Pero lo que más es, lo que primero alabó el Sumo Bien es la luz,

y la primera cosa con que adornó el mundo; a la cual hizo primero que a todas las naturalezas, porque ella diese a todas hermosura y color y lustre. Por cierto que no es maravilla les tuviese suspensos esta calidad tan hermosa que recrea toda la naturaleza. ¿Quién no ve la diferencia que hay de un día claro a una noche lóbrega? ¿Qué va de uno a otro? Aquél alegra y asegura a toda la naturaleza; ésta la entristece, que a los mismos animales espanta y llena de temor. Considérese de aquí qué irá de la gracia al pecado, el cual todo es horror, oscuridad, lobreguez, espanto, y un manto de luto sobre el alma muerta. La gracia es alegría y gozo y amenidad y hermosura, y seguridad y vida.

§ 2

Consideremos ahora los efectos de la luz maravillosos, para que proporcionalmente filosofemos en los efectos de la gracia maravillosísimos, que por la comparación de la luz se nos traslucirán. La luz eleva los colores para que sean vistos y hermosos; así la gracia eleva a las almas sobre su propia naturaleza para que sean miradas de Dios, y hermosas y agradables a sus vinos ojos.

Lo que son los colores sin luz, eso es un alma sin gracia. En un aposento oscuro no hay diferencia del resplandor del oro ni de la blancura de la plata, a la negrura del carbón y azabache; ni de la joya más hermosa y perla más preciosa del mundo, al estiércol más vil; todo es uno sin luz, todo está muerto, no hay diferencia de blanco a negro, ni de amarillo a colorado; todo es como si no fuera. De esta manera se han de mirar todas las criaturas racionales; sin gracia están muertas, sin ella no son, respecto de Dios, sino como si no fuesen. Pero así

como llegando la luz, corre el velo a los colores que no se veían, y descubre la hermosura que no parecía, e ilustrándolo todo eleva las cosas para lo que por sí sólo no podían, y de muertas las vivifica y hace visibles; así en llegando la gracia resucita las almas, y las ilustra y eleva sobre su mismo ser, y las representa a Dios muy hermosas.

No hay cosa en el mundo que sin luz sea hermosa; no hay tampoco hermosura espiritual sin gracia.

No hay cosa que sin luz se pueda ver; la luz las ha de elevar; pero la luz por sí misma se ve, sin ayuda de otra cosa. Así es que sin la gracia no hay cosa agradable a Dios, y la gracia sin otra cosa le es muy agradable.

Lo que es la luz a los ojos humanos, eso es la gracia respecto de los divinos. La luz es el principal objeto de la vista, y sin el cual no hay vista. La gracia es lo que principalmente mira Dios, y sin ella no le agrada ni mira con ojos de amigo a ningún alma.

Fuera de elevar la luz corporal a los cuerpos sobre su mismo ser, para que sean vistos y hermosos, tiene el ser participación del cuerpo más admirable y más noble que hay en la naturaleza, que es el sol, cuya claridad y hermosura participan por medio de la luz los planetas, los espejos y otros cuerpos diáfanos; así la luz espiritual de la gracia no sólo eleva a las criaturas espirituales sobre sí mismas, sino que es participación del Espíritu más noble que hay, que es Dios, de cuya naturaleza participan las almas puras por medio de la gracia. Quien quisiere ver cómo están las almas en gracia, y Dios, considere cómo están los planetas o unos espejos cristalinos ilustrados del sol, que no parecen otra cosa sino unos soles; así también las almas que están en gracia, no parecen sino unos dioses.

La diferencia que hay en lo corporal de los carbones a las estrellas resplandecientes, y de una gota de pez al lucero de la mañana, eso va, y mucho más, en lo espiritual del alma sin gracia o con ella. Los pecadores no son más que un montón de carbones, que están aparejados para el fuego del infierno. Los justos hacen un cielo estrellado, resplandeciendo como unas estrellas clarísimas. Y así se dice en Daniel, que *relucirán como el resplandor del firmamento y como las estrellas, en perpetuas eternidades.*

Si uno estuviera en el firmamento donde están las estrellas, quedara sin duda pasmado de aquellos cuerpos inmensos y resplandecientes como el sol; ¿qué comparación juzgara que habría de un carboncillo denegrido respecto de un cuerpo tan hermoso, reluciente, claro, puro y tan grande, que es mayor tantas veces que toda la redondez de la tierra? Juzgue lo que hay de un hombre en pecado a otro en gracia.

Si la luz faltara a las estrellas, ¿qué fueran sino iguales a los tizones muertos? ¿Y qué fué el primer ángel, faltándole la gracia con que resplandecía como el lucero de la mañana? Quedó hecho un tizón del infierno.

Pero porque están apartados estos cuerpos tan excelentes, pongamos el ejemplo en cosas que podemos experimentar.

La diferencia que hay de un claro y cristalino espejo sin luz a cuando le ponen a los rayos del sol, cuya claridad al punto participa, y su calor, y su pureza, y su imagen, y su hermosura, esto va de carecer de la gracia a tenerla; porque el alma, que es una criatura tan noble y pura de toda materia, cuando está sin gracia, está oscura, ociosa, muerta, y no se diferencia, respecto de Dios, de las demás naturalezas; pero en ilustrándola la gracia, se transforma en una claridad y hermosura divina, haciéndose como Dios y representando en sí a Dios; porque así como

un espejo bañado de los rayos del sol no parece sino sol, así el alma vestida de la luz divina de la gracia no parece sino Dios

Si no fuera ordinaria esta experiencia del espejo cuando resplandece como el sol herido con su luz, y nunca se hubiera experimentado, la primera vez que sucediera nos pareciera un raro milagro; y cierto que de cualquier manera es de maravillar que tan brevemente se haga una transformación tan rara, que se pinte en un momento una imagen de cosa tan hermosa, y con tanta propiedad y viveza, y con todas sus cualidades de claridad, pureza, resplandor y calor. Y el espejo, si tuviera sentido, pudiera estar muy ufano de verse, el que poco antes no tenía forma alguna, o si la tenía era de cosa vil, ya elevado a tanta hermosura y claridad. Esta maravilla no tiene que ver con que el alma, que poco antes tenía la forma de un demonio, sea en un instante sublimada y transformada, con sólo recibir la gracia, en una forma divina, resplandeciendo como si fuera Dios.

Fuera de que en esta transformación del alma por la gracia pasa una cosa más particular, que no la puede haber en el espejo respecto del sol; porque el sol sólo puede unir a sí al espejo y hacerle participante de su hermosura por medio de la luz que envía a gran distancia, quedándose él apartado millares de leguas; pero si se viera que el sol bajaba al espejo, y penetrándole le henchía y llenaba de su misma luz, ¿qué maravilla fuera ésta? Pues lo que no puede pasar en las cosas naturales pasa en esta obra sobrenatural de la gracia; por la cual no sólo resplandece el alma representando la claridad de Dios, sino que el mismo Dios viene a ella, y la llena, hinche e ilustra. No es explicable cuán endiosada queda la criatura con esta divina luz de gracia; y así, por no haber de esto semejanza total en las cosas naturales, nos lo significa San Juan mística-

mente en aquella mujer que nos propuso en el Apocalipsis, que estaba *vestida* toda *del sol*.

Demás de esto, por la luz no sólo participa el espejo de la naturaleza del sol como quiera, sino en aquello que es superior a los demás cuerpos; porque por la luz se participa lo supremo que tiene, que es su hermosura, su claridad, su pureza, su calor; así también por la gracia no se participa Dios como quiera, sino en aquello que es sumo en Él, y por lo cual excede a todo otro ser, en cuanto es plenitud de todo ser intelectualísimo, purísimo, santísimo.

¿Qué pureza hay como la de la luz? ¿Qué limpieza hay como la de la gracia?

Si el sol tuviera conocimiento, ¿qué cosa del mundo le agradaría más que verse retratado en los espejos y en los astros? Pues lo que el sol material no puede, lo hace el sol espiritual, que es Dios; y a todas aquellas criaturas en que ve sus resplandores, y que participan tan altamente de su naturaleza divina, las ama y se complace en ellas y tiene por hijas y amigas.

La luz es el alma que da el sol a los cuerpos transparentes, y también por medio de ella vivifica a las plantas; por lo cual llamó Plotino a la luz (1) «vida muchísima»; y Orfeo y Heráclito, «alma invisible», por la cual vivían todas las cosas. Así también por la gracia comunica Dios al hombre vida y alma, digámoslo así, porque le comunica una forma divina, le vivifica y da vigor y fuerzas.

§ 3

Demás de esto, no sólo es causa la luz que participen los espejos y los astros la naturaleza del sol en cuanto a ser imagen suya, sino en cuanto a sus virtudes y eficacia, porque participan tam-

(1) Ennead., 4, lib. 5, cap. 7.

bién el calentar, el inflamar y otras virtudes. Así también por la gracia no sólo participamos la naturaleza divina, sino sus fuerzas y atributos; porque juntamente con la luz de la gracia tenemos el calor de la caridad y las demás virtudes sobrenaturales, con que obramos efectos raros y sobrenaturales que exceden toda la capacidad de nuestra naturaleza.

¿Quién pensara que un vidrio frío del espejo pudiera quemar? Pero tiene tanta fuerza con la luz que recibe del sol, que quema e inflama y abrasa el paño que se pone delante. Pues así como el vidrio tiene efecto tan sobre su naturaleza, con las fuerzas que le da la luz para quemar, así el alma tiene fuerzas por medio de la gracia para efectos que son sobre toda la naturaleza; y lo que va de enfriar a abrasar, eso puede más el alma con gracia que si careciera de ella.

Siete efectos principales de la luz señalan los filósofos (2): penetrar, ilustrar, encender, excitar, amplificar, elevar y formar; los mismos se hallan con eminencia en la gracia. Penétrase en el alma con su pureza, ilústrala con su claridad, enciéndela con su caridad, excítala con su actividad, amplifícala con su grandeza, elévala sobre todo lo natural, fórmala con la imagen divina.

Pero como la luz es propia de las naturalezas celestes, así, dice Marsilio (3), quiere comunicarse en cuerpos que tengan algo de celestes, como son los diáfanos e ígneos, en los cuales puede conservarse; de la misma manera la gracia, por ser calidad tan pura y divina, quiere pureza y caridad para su conservación.

No hay tampoco cosa más eficaz que la luz contra las tinieblas, porque en un momento las expele y las resuelve en nada. Por oscura que esté una noche, si se levantara el sol sobre nosotros, no era menester tiempo para que desapareciera

---

(2) Marsil. Ficinus, *De Lumine,* cap. 12.
(3) *De Lumine,* cap. 11.

toda aquella oscuridad; en menos de un cerrar y abrir de ojos, en un pestañear, todo se volviera día claro; porque no hay cosa que resista a la luz, y así, no ha menester tiempo, sino en un instante obra. Así es la gracia, que en un instante expele las tinieblas del pecado. No hay cosa que la resista; en entrando en el alma, la ilustra y clarifica y vivifica.

Al contrario de la gracia es el pecado; porque como la gracia es luz, el pecado es tinieblas, no exteriores, sino interiores, que son peores. Las tinieblas exteriores son las del infierno; las interiores son las del pecado, que oscurecen al alma, la enfrían, la amancillan y ponen como una noche. Y así, los que acaban de confesarse digan con el Apóstol (*Rom.*, 13): *Ya se pasó la noche y se llegó el día. Arrojemos, pues, de nosotros las obras de tinieblas y vistámonos armas de luz; andemos ya como de día honestamente.* Y en otra parte (*Efes.*, 5): *Erais algún tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz: el fruto de la luz es en toda bondad y justicia.* Luz son, hijos de luz, los que han recibido la gracia: procedan como tales, no se vea en ellos sombra de pecado, sino obras y frutos de luz, santidad, justicia, bondad, caridad y todas las virtudes. *Luzca su luz delante de los hombres, de tal manera que glorifiquen a su Padre celestial,* que es *Padre de las luces.*

Los que no están en gracia mírense como ciegos en unas horribles tinieblas, llenos de horror y luto: no tengan consuelo hasta verse en la claridad de la gracia. Al santo Tobías, sólo verse privado de la luz del sol le tenía tan desconsolado, que dijo (*Tob.*, 5): *¿Qué gozo puedo tener, que estoy en tinieblas y no veo la luz del cielo?* ¿Qué tiene que ver la luz que es participación de una criatura inferior al hombre, con la luz que es participación del mismo Criador del hombre? ¿Qué contento puede tener quien está ciego con

su culpa? ¿Cómo puede reírse quien está en las tinieblas del pecado? ¿Y cómo puede sosegar quien está privado de Dios, que *habita en la luz inaccesible?* Si a un varón justo como Tobías le desconsolaba verse privado de la luz material, un pecador, ¿cómo tiene contento estando privado de la luz eterna? Llore, laméntese, clame al cielo, busque la luz de la gracia, que regocija al alma y hermosea y sublima a estado divino. Tema sus tinieblas, y tiemble no venga de las tinieblas interiores de su culpa a las exteriores de su pena; no venga del pecado al infierno, y de unas tinieblas a otras, porque, como dijo un platónico (4), «de la manera que es el premio de los justos una maravillosa participación de la luz, así también el castigo de los malos es la misma privación de la luz. Y el mismo Sol divino, que maravillosamente fortalece y conserva los ojos de los santos sanos y vitales, hace lo contrario con los malos, que ofende sus ojos flacos y abrasa su conciencia con grave incendio».

Para ejemplo de lo que habemos dicho, quiero decir lo que sucedió estando un día el Padre San Francisco de Borja diciendo Misa en Oporto, de Portugal, que se eclipsó el sol al mediodía, de tal manera, que, convertida la luz en oscuras tinieblas, se contaban las estrellas del cielo como si la medianoche fuera en tiempo sereno. Fué tanto el espanto de aquella gente, que, como si el juicio universal llegara y el mundo se acabara, daban gritos, y con alaridos pedían misericordia, y desamparadas sus casas, los vecinos se fueron a la iglesia del Colegio, donde el santo Padre decía Misa, consolándose con tener allí tan santo varón, confiando que por sus merecimientos e intercesión había el Señor de usar misericordia con ellos. Allí lloraban y gritaban, de manera que tuvo necesidad el siervo de Dios, acabado de decir el Evangelio, de volverse hacia el pueblo, y

(4) Ficin., *De Lumine*, cap. 17.

pidiendo silencio, hizo un muy devoto y prudente razonamiento, en el cual les exhortó que considerasen que si por esconderse una sola hora la luz y alegría de este sol corporal—por ponérsele delante la luna—sentían tanta angustia y tribulación sus corazones, en cuánto debían estimar y procurar que nunca se les oscureciese y faltase el eterno Sol de Justicia, que crió a este sol y a nosotros, con cuya falta tantas faltas y miserias se le recrecen al hombre. Luego les declaró cómo por el pecado mortal pierde a Dios el alma, y el daño y peligro que de este eclipse resulta.

§ 4

Ultimamente, se ha de guardar la gracia de la manera que se guarda una luz, como nos lo encarga San Juan Crisóstomo, con cuyas palabras quiero rematar este capítulo. Considerando este Santo a la gracia como una hermosa y clara antorcha, y encomendándonos tenerla siempre ardiendo, dice (5): «Del modo que si a una antorcha de luz la echara alguno agua, o cubriera de plomo, y aunque no hiciera alguna de estas cosas, sólo con que la quitara el aceite, se apagara, de esta misma manera se ha el espíritu de la gracia, que si llenares el corazón de las cosas de la tierra y cuidados de lo perecedero y deleznable, se apagará; y aunque nada de esto hagas, si corriere algún fuerte viento de tentación, y no fuere grande la llama, o tuviere poco aceite, o no cerrares la puerta de la lámpara, sin duda perecerá. Preguntarás: ¿qué puerta es ésta? Sabe que, al modo de las lámparas, también tenemos puertas nosotros, que son los ojos y oídos. No permitas que entre por ellos algún vehemente soplo de malicia, porque matarás tu luz; pero cierra todas las puertas y agujeros con el temor de Dios.

»La boca, puerta es: ciérrala, y ciérrala de manera que dé luz, y que se guarde del viento u otra violencia que de fuera pueda venir; conviene a saber: que si alguno te injuriare, tú cierres tu boca, porque

(5) Homil. 11, in *Priorem ad. Thes.*

si la abrieres, avivarás más este viento. ¿No has visto en algunas casas, cuando dos puertas tienen correspondencia y corre grande aire? Si cierras la una puerta de manera que quites la correspondencia, ya no se siente el viento, quitándole con esto su fuerza. También en nuestro caso hay dos puertas: la una es tu boca, la otra la del injuriador; pues si tú cerrares tu boca y no respondieres, se quita la correspondencia, con lo cual impedirás toda esta tempestad; pero si abrieres tú también tu puerta, no habrá ya quien se pueda averiguar con ella.

»Lo que importa es que no apaguemos el espíritu. Acontece muchas veces que se apague una luz, sin que haya alguna violencia extrínseca, cuando falta aceite; y así, cuando no hacemos obras de misericordia, se extingue la luz del espíritu; y acabado el espíritu, ¿qué se seguirá? Bien lo podréis colegir si habéis caminado en alguna noche muy tenebrosa; porque si caminar de una tierra para otra de noche es cosa trabajosa y molesta, ¿cómo se puede caminar seguramente desde la tierra al cielo sin esta luz de gracia? No sabéis cuántos demonios hay en el espacio de este camino, cuántas fieras, cuántos engaños espirituales; porque aun los ladrones, primero apagan la luz y luego hacen el hurto.» Todo esto es de San Juan Crisóstomo.

CAPITULO 6

ESTIMACIÓN QUE HACEN DE LA GRACIA LOS ÁNGELES, HOLGÁNDOSE EN LA CONVERSIÓN DE UN PECADOR

§ 1

Cuánta estima se deba tener de la gracia, se podrá también echar de ver por lo que los ángeles y bienaventurados la estiman y se regocijan cuando la alcanza un hombre en la tierra, por estar en ellos en su punto la caridad, y ver tantos males como hemos dicho, de que nos libramos por la gracia, y el bien que con ella ganamos. Por cierto que por esto sólo debíamos procurarla,

por dar contento a tantos buenos. Y así dice San Ambrosio (1): «Aproveche esto para sacar cada uno incentivos de ser bueno, si cree que su conversión ha de ser agradable a los coros de los ángeles, cuyo patrocinio o ha de desear o temer su ofensa. Sé, pues, causa de alegría a los ángeles; huélguense con tu vuelta a Dios.

Este regocijo de los ciudadanos del cielo nos reveló quien bien lo supo, el mismo que bajó de allá y lo vió, que fué el Hijo de Dios, el cual nos dijo que *habrá gozo en el cielo entre los ángeles con la penitencia de un pecador.* ¡Gran cosa es la gracia, pues es causa de tanta fiesta donde no se hace ninguna por otras felicidades que alcancen los hombres! Aunque consiga uno un reino de la tierra o el imperio del mundo, no se hace por esto fiesta en el cielo, no se hablará de ello entre los ángeles, no se dará un parabién por esta causa a los parientes del que salió con aquella dicha. Pero si alcanza la gracia, luego se regocija todo el cielo, y todo es parabienes, aun los que no les toca.

En grandes alegrías no hace uno caso de las menores, y a la presencia de un grande bien no se estiman los pequeños; ¿pues cómo puede ser sino cosa muy grande la gracia del hombre, pues a la presencia del Sumo Bien hace alegrar tanto a los serafines? Un mercader muy caudaloso no hace caso sino de grandes ganancias. Y si los ángeles, estando en la bienaventuranza, estiman tanto la gracia ajena, el hombre, ¿por qué no estimará la propia, estando en este valle de lágrimas y miserias?

Así como es de maravillar que los ángeles estando en la bienaventuranza reciban nuevo gozo con nuestra gracia, así es para espantar que los que estamos en este destierro tengamos otro gozo si no es el de la gracia. ¡Prodigio y espanto es que pueda un hombre sin gracia tener contento

(1) Lib. 7 in Lucam.

alguno! ¿Qué contento puede tener quien se ve desheredado del cielo, condenado a penas eternas, enemigo de Dios, cautivo de Satanás, fementido a su Criador y maldito de Dios? ¿Qué contento puede tener con estos males, y más no teniendo otro remedio para salir de ellos sino llanto y penitencia? Lloren los pecadores, para que se alegren los ángeles. Lloren, porque perdieron la gracia. Lloren hasta tenerla, y no se gocen sino con ella. Miren a cuántos regocijarán con su penitencia: para todo el cielo será grande festividad. Procuremos, pues, alegrar a tantos bienaventurados con nuestro mismo bien, y gocemos de él, pues ellos así se alegran.

Bien conoció el Profeta Isaías (61, 1) que no había otra cosa de que pudiésemos gozarnos sino de la gracia; así lo hacía él, diciendo con gran contento: *Gozándome me gozaré en el Señor, y mi alma dará saltos de placer en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salud, y me cubrió alrededor con un palio de justicia, como a un esposo adornado con guirnalda, y como una esposa ataviada con ricos joyeles.* No dice el Profeta que sólo se gozará, sino añade que *gozando se gozará,* para significar un gozo doblado y excesivo, que sobrepujaba a todo otro gozo; un gozo lleno y cumplido que excluía toda mezcla de cualquier pesar. Esta calidad no tienen otros gozos y contentos; porque en los bienes temporales no se goza su poseedor *gozando,* sino temiendo no se los quiten. En los gustos no se goza *gozando,* sino sobresaltándose por su peligro. En la honra no se goza *gozando,* sino carcomiéndose y recelándose del envidioso.

No hay gozo en la tierra que sea gozoso, esto es, no hay gozo puro y lleno, sino muy menguado, y con mezcla de muchas pesadumbres; pero el gozo de la gracia es puro y lleno, y que en las mayores penas se sabe hacer lugar. ¿Estás enfermo? No importa; si estás en gracia bien puedes

gozarte mucho. ¿Estás pobre; estás olvidado, estás con trabajos afligido? Todo importa poco si estás en gracia; mucho tienes por qué regocijarte. Y en estos mismos trabajos puedes, no sólo gozarte, sino *gloriarte* con el Apóstol. El contento de estar en gracia debe ser tan grande, que no nos quepa en el corazón ni pena ni otro gozo de la tierra.

La causa de tan gran contento significa luego el Profeta diciendo que es *porque le vistió Dios con vestidos de salud,* que es la gracia, por la cual le sanó de tan extraños males como son los pecados; y *porque le cubrió de justicia y santidad,* coronándole juntamente de las virtudes intelectuales infusas, adornándole con las demás morales sobrenaturales, y enriqueciéndole con los dones del Espíritu Santo como *con unos preciosísimos joyeles,* y con la riquísima perla de la caridad de Dios, para que fuese el alma digna *esposa de su Criador.* Estas son causas de gozo y contento, no las que tienen los hombres en las felicidades temporales, que son para daño suyo.

Errado anda el mundo, no sabe en qué se debe holgar, y muchas veces tienen los hombres más contento de aquello que les ha de ser más dañoso.

Contento tenía en sus riquezas aquel hacendado del Evangelio, pero fueron la ocasión de su muerte; y si supiera lo que le había de suceder, las aborreciera más que la muerte.

Contento estaba en sus gustos y banquetes aquel comedor tan inhumano que negó al pobre Lázaro las migajas de su mesa; pero volviéronsele sus placeres en hieles y en una sed infernal. Si supiera el fin que había de tener, se muriera de pena en ver cosa de gusto.

Muy ufano estaba Amán con las honras y favores que había recibido de los reyes de Persia, y no sirvieron más que para fabricarle una horca, en que murió ignominiosamente.

¡Oh cuán tristes alegrías son las del mundo con fines tan desastrados! Llenas están de veneno, y con su extremidad, como los escorpiones, hieren.

Esta diferencia hay entre los bienes de la tierra y los de la gracia: que los bienes de la tierra en sí son muy menguados y cortos, mas los males que los siguen son muy grandes: de presente tienen muy poco de bien, y ése en la apariencia sólo; mas en su fin mucho mal. Muy de mejor condición son los bienes de la gracia: de presente son mucho, y en lo por venir muchísimo. ¿Qué tiene que ver la brevedad de las cosas de esta vida, que faltan aun antes de acabarse, con la eternidad de los bienes de la gracia? ¿Qué tiene que ver la incertidumbre de la fortuna con la seguridad de la virtud?

Por cierto que, si somos cuerdos, en la gracia sólo nos podemos gozar, de lo demás entristecernos. *Gocémonos gozando* en la gracia, como el Profeta Isaías, pues en ella hay tantas razones para gozarnos como en lo demás para entristecernos. Gocémonos en la gracia, porque con ella gozaremos de la gloria y alcanzaremos derecho a la vida eterna; que es aquella grande causa de alegría que encomendó el Salvador a sus discípulos, cuando, viniendo ellos muy contentos porque los demonios les obedecían, les dijo: *No tenéis por qué alegraros de tener señorío sobre los demonios, pero alegraos porque vuestros nombres están escritos en el reino de los cielos.* Por la gracia se escriben nuestros nombres en el cielo, y por eso de la gracia nos hemos de gozar sobre todo lo que hay en la tierra.

§ 2

Veamos ahora qué causas tienen los ángeles para hacer fiesta cuando ven a un pecador que

ha recobrado la gracia. Tres son estas causas: una por Dios, otra por sí y la tercera por nosotros.

1. La primera y más principal es porque ven lo mucho que el mismo Dios se huelga en este caso, como nos lo significó Cristo con varias parábolas. En una se compara a Sí mismo a un pastor que, habiendo perdido una oveja, y buscándola con mucha diligencia, cuando la halló la puso sobre sus hombros muy gozoso, y llegando a su casa llamó a todos los amigos y vecinos. y les dijo: *Dadme el parabién, que hallé mi oveja que había perdido. De esta manera.* dice el Señor, *habrá gozo en el cielo sobre un pecador que hace penitencia.* En la misma parte se compara este contento de Cristo al que puede tener una pobre mujer que, después de haber revuelto la casa, halló la dracma que había perdido y de que tenía gran necesidad: la cual, en hallándola, llamó a todas sus amigas y vecinas, y las pidió de la misma manera la diesen el parabién de haber hallado la dracma tan deseada; *así,* dice Cristo, *será grande el regocijo delante los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.*

Aquí hay tres cosas que considerar. Una es las ansias con que Dios desea tengamos su gracia, pues nos busca para dárnosla con tan grande deseo, como si le hiciésemos mucha falta. ¡Oh Señor y qué grande es la estimación que hacéis de este don divino, pues por su causa así anduvisteis solícito y trabajado! ¿Qué cosa puede ser digna de los deseos y solicitud de Dios sino lo que era cosa más digna que cielo y tierra? Disteisnos, Señor, ejemplo de estimar y desear lo que nos está tan bien. Vos, Señor, por darnos vuestra gracia, tanto lo deseasteis y procurasteis, y nosotros por recibirla y conservarla, ¿por qué no lo procuramos y deseamos con toda nuestra alma y vida? Vos moristeis por darnos la gracia; nosotros por recibirla; ¿por qué siquiera no nos mortificaremos?

Otra cosa muy para considerar es el gozo y contento que recibe Dios con vernos en su gracia, el cual es tan grande como fueron los deseos; y si los deseos fueron tales que por verlos cumplidos dió la vida, ¿cuál será este gozo de nuestro Criador? Bendito seáis, Señor, que así os gozáis del bien del hombre; y maldito es el hombre que no se goza de vuestro gozo y su bien. Vos, estando en vuestra gloria substancial, os alegráis de nuestra gracia; el hombre, estando a riesgo de su condenación, ¿cómo puede holgarse de otra cosa sino en la posesión de vuestra gracia y esperanza de la gloria?

Este gozo de Dios por la gracia de los hombres nos significó también Cristo Señor nuestro cuando dijo a sus discípulos aquellas amorosas palabras: *No queráis temer, pequeñita grey, porque se complació mi Padre de daros el reino.* No dice solamente se agradó, sino *se complació*, que da a entender más contento, y así común con otros. Complácese y regocíjase el Padre cuando ve a uno en gracia, juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo. Complácese toda la Santísima Trinidad, y complácese con la Virgen, con todas las jerarquías de los ángeles y coros de los santos. Complácese y regocíjase tanto, que les da su reino.

Ultimamente, hay que considerar en estas parábolas la fiesta que harán los ángeles viendo a su Dios tan gozoso; porque como están aquellos espíritus soberanos colgados del gusto de su Criador, hechos mil ojos y entendimientos para contemplarle y remirarse en Él, gozándose en todo de su santísima voluntad, viendo que con tanto extremo se huelga con la gracia del pecador, no pueden ellos dejar de regocijarse, haciendo grandes fiestas en el cielo, y más viendo que en esto le dan tan grande gusto, y que convoca el mismo Señor a todos para que se huelguen con Él y le

den el parabién de que un pecador recobre la gracia.

¡Oh grandeza de la gracia, tan deseada y estimada y festejada del Señor de la gracia! La gracia ha de ser nuestro cuidado, gracia nuestro deseo, gracia nuestro regocijo. ¡Oh hombre! Estima tu gracia, por la cual se regocija todo el cielo.

Gran cosa es, por la cual hacen fiesta los ángeles; y lo que es más, el Señor de los ángeles está tan gozoso, que quiere le den los parabienes todos sus amigos y vecinos, que son los espíritus bienaventurados. Pues ¿qué cosa tan horrible será, después de haberse confesado uno y recibido la gracia, y por eso dado mil parabienes a Cristo, y puéstose de fiesta todo el cielo, que torne uno a pecar, y eche un jarro de agua, digámoslo así, a todo aquel gozo, para que, como dice el Profeta, *lloren los ángeles de la paz, y se contriste*, según habla el Apóstol, *el Espíritu Santo*, y con Él tantos buenos? Si pudieran tener tristeza y pena los espíritus celestes, no se entristecieran sino de que un hombre pierda la gracia.

2. La segunda causa porque hacen fiesta los espíritus celestiales, de ver con gracia al que poco antes fué pecador, es porque consideran que las sillas de los ángeles sus compañeros, que cayeron del cielo, se han de poblar por la dignidad de la gracia de los hombres, la cual nos levanta aun sobre la excelencia angélica.

Esta misma razón ha de hacer gran peso en nosotros para estimar la misma gracia, pues es una divina investidura del reino de los cielos, y una patente para introducirse en las sillas angélicas. Acuérdese el que está en gracia de esta grandeza: tema caer de tanta dignidad, no sea como Satanás, cuando cayó como un rayo del cielo; mire que lo mismo que sucedió a Lucifer le sucederá cuando pierda la gracia. Porque la ruina de los ángeles malos no fué más que per-

der este don divino, y la felicidad de los ángeles buenos no fué más que conservarlo. No va menos en tener la gracia o carecer de ella, que ser ángel o demonio. Tiemble quien va a cometer un pecado mortal, y mire qué es lo que va a hacer. Estremézcase de su ruina, cayendo de más alto que el firmamento está. Gran campo de felicidad se nos abre por la gracia, gran materia de gozo. ¡Que pueda un hombre miserable tener la gloria de un serafín! De esto se huelgan los serafines, y de esto nos hemos de holgar nosotros, y aspirar a sentarnos entre las jerarquías angélicas, pisando toda otra honra y dignidad del mundo.

3. La tercera causa porque celebran los ángeles la gracia que recibe un pecador es por nuestro mismo bien, por los males del pecado de que nos libramos con la gracia, y por los bienes que recibimos haciéndonos hijos de Dios. Porque así como se hace fiesta en todo un reino cuando nace algún hijo a su rey, de la misma manera, cuando nace por la gracia un hijo a Dios, lo festeja todo el cielo y recibe gran gozo todo el reino de Dios.

Si un niño que naciera primogénito de un gran rey, cuando todo el reino estaba en fiestas y en regocijos, él conociera que todo aquello era por su causa, ¿qué gozo tendría? Pues lo que no puede suceder en un niño chiquito, considere el que acaba de confesarse con verdadero dolor, que pasa por sí por haberse hecho hijo de Dios y renacido por la gracia a una vida divina. Por él se pone de fiesta todo el cielo y todo es darse parabienes entre los órdenes angélicos. Conozca el hombre que por sí se hacen tantas fiestas, y estime ser hijo de Dios: no contriste con su vida desigual al Espíritu Santo, a quien se dieron tantos parabienes por su nuevo nacimiento.

CAPITULO 7

QUE LOS ÁNGELES ASISTEN Y GUARDAN A LOS QUE ESTÁN EN GRACIA

§ 1

La estimación que tienen de la gracia y contento que reciben de vernos hijos de Dios los santos ángeles, les hace que miren con gran cuidado por los justos; de modo que no sólo el ángel de guarda de cada uno, sino muchos otros le suelen guardar y acompañar y miran por él; que es un singular privilegio y honra de los siervos de Dios.

Aquella mujer que nos pinta el Evangelista San Juan que estaba *vestida del sol,* es figura del alma santa que está en gracia; porque de la misma manera está llena toda de resplandores y hermosura, y vestida del sol de justicia; a la cual vió el Evangelista que grande multitud de ángeles vinieron en su favor a guardarla.

Del santo Jacob (*Gen.*, 32), cuando se tornaba a su tierra, dice la Sagrada Escritura que le salieron a recibir los ángeles de Dios, los cuales el Santo Patriarca dijo que eran ejércitos del Señor, y puso por nombre a aquel lugar *Manahín,* que quiere decir dos escuadrones militares o dos ejércitos; porque vió en aquel puesto dos ejércitos de los ángeles tutelares de dos provincias, de Mesopotamia y de la tierra de Canaán; los unos que le habían acompañado hasta aquel punto y se despedían de él, y los otros que le salían al encuentro a recibirle para acompañarle desde allí adelante y defenderle.

También el Profeta Eliseo (4 *Reg.*, 6) vió muchos escuadrones de espíritus celestes que venían a guardarle.

Estando una vez muy tentado el abad Moisés (1), se fué a ver con el abad Isidoro, el cual, subiéndose a lo alto de la casa, le mostró un grande ejército de espíritus soberanos, y le dijo: Todos estos ángeles envía el Señor de los ejércitos en favor de sus siervos; mira cómo están muchos más por nosotros, como dijo el profeta Eliseo.

Lo cual dijo en un salmo el profeta David (*Ps.* 33): *Enviará el ángel alrededor de los que le temen*; esto es, de los justos. En el hebreo, en el lugar de aquellas palabras: *Enviará el ángel*, está: *Pondrá sus escuadrones*; porque el ángel de superior orden envía escuadrones de otros muchos ángeles, que guarden por todas partes a los siervos de Dios.

Esto mismo se significa en el libro de los Cantares, según San Bernardo (2), cuando se compara al alma santa a la caballería y carros de guerra de Faraón, y cuando se dice (*Cant.*, 1) que es *terrible como los escuadrones bien ordenados*; y otra vez (*Cant.*, 6) que se pregunta: *¿Qué verás en la Sunamite, sino es coros de escuadrones?*; esto es, coros de ángeles, que son los escuadrones y ejércitos de Dios.

Por lo cual dice San Bernardo: «Has de saber que el alma santa nunca está sin guarda de ángeles, los cuales tienen celo de ella, con un celo divino, solícitos de guardarla para su Esposo, y dársela a Cristo, como virgen casta, en pureza. Anda guardada la Esposa con los ministerios angélicos y rodeada de un escuadrón soberano.»

Otra vez dice el Salmista, hablando con el justo (*Ps.* 90): *El Señor mandó a sus ángeles que tengan cuidado de ti, para que te guarden en todos tus caminos, para que no ofenda ni tropiece tu pie con alguna piedra.* Con lo cual se significa el singular cuidado que tienen los es-

(1) In vitis Patrum.
(2) Serm. 39 in Cant., 1.

píritus celestiales de uno que está en gracia. Donde advierte Dionisio que no dijo el Profeta: mandó *a su ángel*, sino en número plural: *a sus ángeles*; porque el tener un ángel de guarda es cosa común a todos los hombres; pero los que están en gracia tienen este singular privilegio, que muchos ángeles los suelen acompañar y vienen a guardar. «Guárdannos—dice este devoto Doctor (3)—los ángeles, cuanto es de su parte, *en todos nuestros caminos*, esto es en todas nuestras obras nos guardan, para que no cesemos de obrar bien, sino que perseveremos siempre hasta el fin. También nos guardan en las obras malas para que no seamos violentados del demonio y no estemos sin gracia. Guárdannos juntamente de las tentaciones de los malos espíritus para que no nos molesten todo lo que ellos desean. Guárdannos de otros muchos peligros de alma y cuerpo. Ayudan con su virtud nuestra flaqueza, y con su sabiduría iluminan las tinieblas de nuestro corazón, y así andan siempre acompañándonos y llevándonos consigo, cooperando con nosotros en toda obra buena.»

No un ángel solo, sino muchos acuden para asistir al alma santa que posee este don incomparable de la gracia, y es compañera suya, y tiene título y derecho para llenar sus sillas vacías en la gloria; y procuran ataviarla de todas virtudes y alcanzarla de Dios muchas gracias. Y así, en el libro de los Cantares, como advierte Pselo (4) y lo trae Teodoreto, prometen al alma santa joyas muy preciosas de virtudes, diciéndola que *la harán manecillas de oro con labores de plata*; esto es, que la han de ayudar a hacer muchos actos de caridad y obras de las demás virtudes. Por lo cual dice este Doctor que es costumbre de los ángeles, amigos de Dios, cuando ven a una alma pura que con fervor sirve a

---

(3) In Psal. 90.
(4) Psellus. in Cant., 1, apud Theodoret.

Jesucristo, rodearla por todas partes para guardarla y ayudarla y alentarla para que viva santamente, para hacerla muy grata y amable al Señor.

Llega a tanto la estimación que hacen aquellos espíritus celestiales del alma que está en gracia, que no sólo se emplean en su bien y aprovechamiento los ángeles de las jerarquías inferiores, sino los de la suprema. Por lo cual dijo el Apóstol (*Hebr.*, 1) que *todos eran espíritus serviciales*, diputados por Dios, y *enviados para que ayuden a aquellos que han de alcanzar la herencia de la salvación eterna*; esto es, de los que están en gracia, que son los hijos de Dios y herederos del reino de los cielos. *Todos* dice San Pablo que se emplean en esto, no sólo los ángeles inferiores, sino hasta los más supremos espíritus, como notan San Basilio y San Crisóstomo.

San Juan (*Apoc.*, 8) vió a uno de los mayores ángeles que estaba delante del altar con un incensario de oro, para ofrecer en él a Dios las oraciones de los hombres santos. Vió también (Ibid., 5) a cuatro querubines y otros muchos ciudadanos del cielo, que tenían pomos de oro llenos de suaves olores, que eran las oraciones de los que estaban en gracia. San Rafael, que es uno de los siete primeros príncipes del cielo, cuando oraba y se ejercitaba el santo Tobías en obras de misericordia, estaba entre tanto este grande ángel ofreciendo aquello mismo al Señor (*Tob.*, 2).

Al contrario pasa en los pecadores, que con la monstruosa fealdad de sus pecados ahuyentan los santos ángeles y llaman a sí a los demonios, que por permisión divina, cuanto más pecados hace uno, más licencia tienen sobre él; y no un demonio, sino muchos acuden, más o menos, conforme sus pecados y la licencia que Dios les da. Y así, cuando a la Magdalena le perdonaron los pecados, se dice que *echó de ella* el Salvador *siete demonios*, significándose por el número de *siete*

la multitud de ellos. ¿Qué miseria puede ser mayor que ésta, que un hombre flaco esté en enemistad de Dios y rodeado de demonios, y tan desamparado de los ángeles, que aun a su ángel custodio, deputado para su propia guarda desde que nació, tiene desobligado y sentido para no favorecerle tanto? ¿Y qué mayor dicha que la de aquel que, por estar en gracia y servir a su Criador con fineza, tiene tantos ángeles en la tierra que le asistan y en el cielo que oren por él?

§ 2

Es tan grande la hermosura de la gracia y la dignidad que da a los justos, haciéndolos hijos y amigos de Dios, que no acaban los ángeles de complacerse en una alma que la tiene, deseando que persevere en aquella hermosura y estado tan divino. Para eso vienen y la asisten con tan particular cuidado, y los que están en el cielo son sus procuradores, representando al Señor sus buenas obras, sus penitencias, sus santos pensamientos y propósitos, solícitos de su perseverancia.

No piense el justo que está solo. Muchos son en la tierra con él, y le defenderán. Muchos son en el cielo por él, y oran a Dios por su bien. Josué peleando y Moisés orando prevalecieron contra los enemigos del pueblo de Dios. Angeles están con el justo peleando; serafines están con el justo orando. Si él no se deja atar las manos y no se va por su paso a meter entre los enemigos, vencerá con tales ayudas. Ore el cristiano y pelee; haga en su propia causa lo que los ángeles hacen por la ajena.

La grandeza de este beneficio en venir a guardar al justo muchos ángeles se ha de medir al paso de la malicia del demonio y flaqueza de nuestra naturaleza. Sepa un hombre que con los

pecados mortales está tan flaco, que de suyo no resistirá a tentación alguna, ni es posible que con todas las fuerzas que tiene de sí haga obra sobrenatural. De suerte está, que con un soplo le harán caer, y tan delicado y de vidrio, que una china que le tire el mundo o la carne le hará pedazos. Pues con toda esta flaqueza, ¿cómo podrá valerse contra tantos lobos rabiosos de *demonios* que *le rodean*, y *bramando como leones, le cercan para* despedazarle y *tragársele* cada hora?

Llegan algunos pecadores a una miseria tan prodigiosa, que no hay vicio en que no caigan, ni se les ofrece pecado en que no consientan, sin sentir fuerzas para resistir; juzgando que hacen mal, lo quieren; y queriendo no ejecutarlo, lo cumplen; y acabando de proponer lo contrario, luego tornan a lo mismo; de modo que ellos mismos no se conocen.

Esta miseria y mala ventura del pecador, esta flaqueza tan prodigiosa y malicia tan desenfrenada, la causa que quedan en las manos y las bocas de los demonios, desamparados de Dios y de sus ángeles; porque siendo su flaqueza para el bien infinita, y por otra parte el odio y furia y tiranía del espíritu de tinieblas tan rabiosa, ¿qué maravilla es que, faltando la ayuda del cielo, sucedan tantos males? Sin Cristo, y en manos del demonio, y poseída el alma del espíritu malo, ¿qué mal no hará? Porque así como Cristo es fuente de todos los bienes que se comunican a las almas que están en gracia, así el demonio es padre de males y pecados infinitos, que instiga para que hagan los que una vez son cautivos suyos por el pecado. ¡Oh miseria del pecador, que no tiene pastores que le defiendan, y tiene cerca tantos lobos que le muerden! ¡Dichoso el justo que está rodeado de ángeles y defendido de los ejércitos de Dios!

Grande honra y dicha tiene un hombrecillo flaco, que alcanza tan notable privilegio, que unas

naturalezas tan nobles y sublimes como las angélicas, y que son grandes en la casa de Dios, se ocupen en su guarda; y que aun los otros espíritus soberanos que residen en la corte de Dios estén desde el cielo empíreo cuidando de él, ofreciendo al Señor cuantos suspiros da, cuantos buenos pensamientos tiene, cuantos pasos anda y obras hace del servicio divino.

¿Pues qué es lo que hace que cuiden tan nobles personas y con tanto extremo de una criatura tan vil como el hombre; que se soliciten aquellas naturalezas inmortales de un hombre terreno y mortal, y los espíritus gloriosos del que está en este valle de lágrimas? La grandeza de la gracia es la que merece que cuiden del alma que la tiene los ángeles que están en la gloria. Por aquí se podrá conocer cuán incomparable sea este don divino. Sobrenaturalmente se hace una maravillosa transformación del hombre, sublimándole por la gracia a un ser sobrenatural y a un estado divino, a ser compañero de los ángeles e hijo de Dios como ellos, y así merece su favor y ayuda y compañía.

Vivan los siervos de Dios de manera que merezcan sus obras y oraciones tener por testigos a los ángeles, y ser dignas que los serafines las representen en el trono de Dios. Vivan de tal manera que merezcan su compañía, teniendo su conversación en los cielos, pues los ciudadanos del cielo buscan su compañía en la tierra. Háganse la cuenta que el abad Macario, cuando decía (5): «Tienes los ángeles, los arcángeles, todas las potestades soberanas y al mismo Dios, Criador de todos ellos; conversa con ellos, no bajes de los cielos, no te abatas a los pensamientos del mundo.»

Todo esto que hemos dicho del acompañamiento que hacen los ángeles a los que están en gracia no es mucho, pues el mismo Dios les hace

---

(5) Palad., *Hist. Lausiaca*, cap. 20.

compañía. El Espíritu Santo habita en el alma que está en gracia; ¿qué mucho que los espíritus angélicos la rodeen? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo vienen desde el cielo para hacer su morada en el justo; ¿qué mucho que los ángeles vengan donde está su cabeza y Señor? Aquella particular presencia de Dios con que asiste en el pecho de un justo admiran los espíritus celestiales y gustan estar donde su Criador está. Reverencian a su Señor dentro de nosotros, enseñándonos cómo le hemos de adorar y reverenciarnos a nosotros mismos, mientras somos templo del Espíritu Santo.

CAPITULO 8

INESTIMABLE VALOR QUE COMUNICA LA GRACIA A LAS OBRAS DEL JUSTO PARA QUE MEREZCAN GLORIA ETERNA

§ 1

Entre tantas grandezas y bienes que trae consigo la gracia, tiene principalísimo lugar la grandeza de dignidad a que sublima a los que la tienen, que hace que todas sus obras que no fueren pecado sean tan agradables a Dios, que por cada una se merezca más gracia y gloria eterna, conforme a lo que el Concilio Tridentino (1) nos enseña y consta de la Sagrada Escritura y Santos Padres. Por lo cual dijo el Sabio (*Prov.*, 11) que *el fruto del justo es árbol de vida*, porque sus obras buenas merecen la inmortalidad y vida eterna.

De manera que hay tan grande diferencia en hacer una obra buena estando en gracia a hacerla careciendo de ella, que si se hace en gracia, cualquiera que sea, merece más gracia y más

(1) Sess. 6, cap. 10.

gloria; y esa misma obra, si la hiciera uno que carece de gracia, no mereciera nada de esto; si bien siempre es provechosísimo obrar bien, porque aun a los que están en pecado mortal les sirve para salir de él y mover las entrañas de la misericordia divina, para tener compasión de su estado y ayudarles a levantar de la miseria en que están caídos. Pero la eficacia y el valor de la gracia es tan notable, que al punto que está en el hombre, realza de manera todas sus obras, que por ellas le debe Dios justamente no menos que la bienaventuranza eterna.

Esto no es tanto por la substancia de la obra, la cual puede estar en quien no está en gracia, sino por la dignidad de la persona. La cual dignidad viene de la gracia, porque ella la dió: que es una extraña maravilla, y no se declara bien, sino por lo que pasó en el Hijo de Dios, nuestro Redentor Jesús, cuyas obras fueron de infinito valor, y bastante la menor de ellas para redimir mil mundos. Esto no lo tuvieron las obras de Cristo por lo que eran en sí, sino por la dignidad de su persona, por tener Cristo la gracia substancial, esto es, la misma Divinidad, a la cual estaba unida la sacratísima Humanidad substancialmente por razón de la unión personal. De manera que las mayores obras de Cristo, como el ser azotado, coronado de espinas y crucificado, si las hiciera las mismas un hombre puro, aunque fuera con igual intensión de caridad que tuvo el alma de Cristo, no fueran bastantes para merecer gracia dignamente, o, como hablan los teólogos, *de condigno* a otro hombre; pero por la dignidad de la persona de Cristo se realzaron de manera que, no digo el ser crucificado, pero sólo el levantar Jesucristo los ojos a su Padre, fuera bastante para redimir todos los hombres y mil mundos de hombres que hubiera. A este modo, con la mayor obra virtuosa que hiciera quien carece de gracia, no mereciera migaja de gloria;

pero si la misma obra, y aun menor, hiciese quien está en gracia, se realza tanto por la dignidad de la persona que tiene gracia y es adoptada ya por hijo de Dios, que cualquier acción suya, siendo buena, fuera merecedora de un reino, no menos que el de los cielos.

¿Quién no se maravilla aquí lo que es la gracia, pues pega tal valor a las obras? Cuánto agrada a Dios la hermosura de la gracia, pues así enamora la Hermosura eterna que, cualquiera acción y movimiento que proceda de ella, no se pague con menos que con el cielo, y robe el corazón de Dios, y le hiera de amor, como Él mismo confiesa, diciendo al alma santa (*Cant.*, 4): *Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa; heriste mi corazón en uno de tus ojos, y en un cabello que te cuelga por el cuello*; esto es en un santo pensamiento y en una buena intención que tienes; porque esto significan en la Sagrada Escritura los cabellos y los ojos. Tan notablemente se agrada el Esposo celestial de todo lo que hay o toca al alma que está en gracia, que no sólo con todas sus acciones y obras le roba el corazón por amores suyos, sino con solo un pensamiento.

Esta es la causa por que no sólo alaba la hermosura de la Esposa, sino todos sus meneos y acciones, porque todo es hermoso en ella, todo le enamora. Su hablar le agrada tanto, que dice (*Cant.*, 2): *Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz me es dulce.* El solo menear los labios le enamoraba de suerte, que dice: *Como una cinta de carmesí son tus labios, y tu habla dulce.* Y otra vez repite: *Un panal que corre miel son tus labios, Esposa mía; miel y leche están debajo de tu lengua.* Con sólo el mirar del alma se enternece de manera, que la pide aparte sus ojos de él, porque le hicieron como salírsele el alma de enternecido y enamorado. Otras veces alaba sus ojos con varias comparaciones de la piscina de Hese-

bón y de las palomas. No menos le enamora el andar de la Esposa, y así pregunta (*Cant.*, 6): *¿Quién es ésta que va andando como la aurora que nace, hermosa como la luna, escogida como el sol?* Tanto contento le daban sus pasos, que por gozarlos mejor, luego la pide: *Da la vuelta, da la vuelta, Sunamite; da la vuelta para que te veamos.* Los vestidos también le enamoraban, de los cuales dice (*Cant.*, 3): *El olor de tus vestidos es como de incienso.* Hasta el dormir de la Esposa le daba tal gusto, que dice (*Cant.*, 4): *Pídoos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos, no despertéis ni hagáis desvelar a mi amada hasta que ella quiera.* Y si estas acciones así contentaban al Esposo, ¿cómo se agradaría de los regalos que le hacía la misma esposa? De lo cual él no se olvidó, y así dice (*Cant.*, 7): *¡Qué hermosa eres, y qué bella en tus regaladas ternuras!* Finalmente, todo cuanto veía en la Esposa le parecía de perlas, y tan bien, que la dice (*Cant.*, 4): *Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay en ti una mancha.*

¿Qué es todo esto sino significaros que no sólo roba el corazón de Dios el alma santa por la hermosura de la gracia, sino que de ahí redunda tanto agrado y valor a todas sus obras y acciones, cuando proceden de la gracia, que cada una se lleva los ojos y el corazón de Dios? Quien está en gracia, con el abrir los ojos, si lo hace por fin bueno y con el menear los labios, con el dar un paso, con el mismo echarse a dormir, si se refiere a Dios, le agrada más que cuanto tiene criado en la naturaleza, y se complace tanto el corazón de aquel Señor Omnipotente y de infinita autoridad, que por estas niñerías da al justo mayor gracia y gloria. Inmensa cosa debe ser la gracia, pues da tal valor a obras tan pequeñas.

¡Oh si acabáramos de entender qué se pierde perdiendo nuestra gracia, y qué se gana conservándola! Porque fuera de perder al mismo Dios

y de perder la misma gracia, con todas las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo y la caridad, se pierden tantas obras con que se pudiera ganar grande gloria y mucho mayor gracia; piérdense innumerables ganancias de eternos premios. Esto no sé con qué se puede echar de ver más que por la diferencia que va de las obras de uno que está en gracia a las de aquel que careciere de ella. Haga éste más penitencias que hicieron todos los anacoretas juntos, tenga pegada la piel a los huesos por sus grandes ayunos, traiga todo su cuerpo prensado de rayos y ásperos cilicios, descarne a disciplinas sus espaldas, no descanse jamás sus miembros afligidos sino en el duro suelo, dé su hacienda toda a pobres, haga cuanto bien quisiere; si no está en gracia, no puede merecer con todo esto un adarme de gloria, ni es todo delante de Dios para este efecto agradable, ni más que si no fuese. Pero esté en gracia uno; con sólo decir: JESÚS, MARÍA, merece gloria eterna; y tantos cuantos actos buenos hiciere, merece más gracia y más gloria. Esta diferencia ¿en qué va, sino en el estupendo valor de la gracia, que así califica a quien la tiene y a todas sus obras buenas.

§ 2

Ruego por el mismo JESÚS, que nos mereció la gracia, que se pondere esto; y para mejor entenderlo, considérese qué es el premio que se merece por una obra de éstas hecha en gracia, y luego qué es la obra; porque de ahí se conocerá mejor lo inmensa que es la misma gracia.

San Pablo lo ponderó bien diciendo que *lo que era momentáneo y ligero en esta vida, obrará para la otra un eterno peso de gloria,* y ésa *por excelencia y sobremanera grande.* ¿Pues qué es lo que puede dar tal peso a lo que es tan ligero, si no es arrimándosele otra cosa tan pesada? ¿Qué cosa puede igualar dos balanzas que en la una esté una paja y en otra un

quintal? No puede ser sino que se eche donde estaba la paja otro quintal. Pues una acción tan ligera como es querer sólo dar un jarro de agua al pobre, ¿cómo puede equivaler al peso de la bienaventuranza, y ésa eterna? Peso tan imenso no puede ser, si no es porque acompaña a la obra cosa de inmenso precio. La gracia es este peso que se arrima a obras tan ligeras, que las hace igualar con un peso de gloria eterna.

El mismo Apóstol dijo que *no eran iguales los trabajos y penas de esta vida a la gloria que nos ha de venir*. No, por cierto, no son iguales por sí; pero es tal la gracia, que las hace igualar.

Fijemos en esto la consideración, y miremos qué es esta gloria y este reino, que con tan poco se merece. Gloria es la consumación de todo bien, la suma de todo gozo, la felicidad última, el fin para que fuimos criados, la posesión de Dios, la igualdad con los ángeles, el cumplimiento de todos los deseos, el reino de Dios. ¡Oh grande maravilla, que se da a una criatura el reino de su Criador, y que se le dé por tan poco! Con razón se maravilla de esto y exclama San Pedro de Rávena (2): «¡Oh bondad de Dios tan derramada! ¡Oh piedad nunca oída! ¡Oh inefable amor! Levanta el pastor a las ovejas a que entren a compañía en su hacienda; el Señor llama a los siervos a la participación de su dominio; el Rey admite a la grey del pueblo al principado de su reino. Así da, así da Aquel que, dando, nada le puede faltar, ni disminuirse el reino, ni desvanecerse su poder.»

Tanto da Dios por la gracia y por cualquier obra nacida de la gracia. ¿A quién no maravilla su grandeza? Reino de Dios, y éste dado por un poco de agua que se dé al pobre sediento, por decir JESÚS de corazón, por un poco de paciencia que se tenga, por un buen afecto que se proponga, por un santo pensamiento que se conciba. ¿Que se dé tan barato un reino, y este reino de Dios? ¿Qué cosa es el reino de Dios? No es toda la tierra, no todos los cielos, no todo este mundo elemental, no el señorío de toda la naturaleza, no ser señor de los ángeles; cosa mayor es, cosa más admirable: es su eterna bienaventuranza, la posesión de Sí mismo, la independencia de otra cosa para ser dichoso, la felicidad eterna. Esto se da, y va multiplicando, a los que están en gracia por cada obra buena

---

(2) Serm. 23.

que hacen, o palabra santa que pronuncian, o piadoso propósito que conciban. ¿Qué es un peso en que entra Dios poseído, y qué es la ligereza de un pensamiento solo de querer mi salvación? ¿Qué es lo que iguala cosas tan desiguales? La gracia es, por la dignidad que da a quien la tiene. ¡Oh mil veces bienaventurado quien se confiesa con verdadero dolor! ¡Oh millones de veces dichoso, pues ha recibido tal dignidad que todo cuanto hiciere bueno se le convierte en gloria! ¡Oh mil veces bienaventurado, pues a cada paso que diere por Dios, merece una bienaventuranza, y ésta eterna! Goce, pues, de este barato, logre intereses tan grandes, dése priesa a merecer reinos, hágase todo manos para coger bienaventuranzas.

Uno que está en gracia, después de haberse reconciliado con Dios por los Sacramentos, no había de cesar de obrar bien, sino con una santa avaricia darse todo a granjear más gracia y gloria, pues se la dan tan de balde, dándose mucha priesa a merecer con santas obras mayor cielo y corona; y más, pues se junta en esto nuestro provecho y el agrado de Dios.

Esta es la causa porque siempre da priesa el Esposo divino al alma santa. Una vez la dice (*Cant.*, 2): *Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.* Compárala a la paloma por lo mismo, porque quiere que no sólo ande, sino que vuele en su aprovechamiento. Y luego torna a instarla (*Cant.*, 4): *Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.* En otra ocasión la da la misma prisa, diciéndola a voces (*Cant.*, 4): *Ven del Líbano, Esposa mía, ven del Líbano, ven, y serás coronada.* Aquí señala la causa por qué quiere tanto apresuramiento, que es muy justa, pues es para alcanzar nuevas coronas. En otra parte se agrada tanto de que se apresure el alma en santas obras para subir a mayor gloria, que maravillado dice (*Cant.*, 8): *¿Quién es ésta que sube del desierto, derramando por todas partes amores y delicias?* Siempre debe ir creciendo en santas obras, mereciendo más gracia y subiendo a mayor gloria, el que una vez se ha puesto en este estado divino.

Y aunque es verdad que, por más pecados que uno tuviere, siempre debe procurar hacer obras buenas, porque aunque no merezca por ellas corona de gloria, sirven con todo eso de muchísimo, aprovechándole para que Dios use con él de misericordia, y no le sucedan más desgracias temporales ni espirituales; pero

los que están en gracia tienen particular obligación de obrar siempre bien por muchas causas: por ser más agradecidos a Dios, por corresponder a su estado, por agradar más a su Criador y por merecer mayor gloria con lo que antes no podían merecerla, haciéndose cada día más santos y justos. Por lo cual nos encomienda muchas veces el Espíritu Santo nuestra mayor justificación y aumento de gracia. Por el Sabio aconseja (*Eccli.*, 18): *No tengas vergüenza de justificarte hasta la muerte.* Y en el Apocalipsis se dice (22, 11): *El que es justo, se justifique más, y el santo, se santifique más.* San Pablo con oraciones pedía: *Vuestra caridad más y más abunde.* Y a los de Efeso los amonesta (4, 15): *Crezcamos en caridad.*

Esta ha de ser la ocupación de los que han recibido la gracia y caridad. Porque, como Salomón dijo (*Prov.*, 4), *el camino de los justos es como luz resplandeciente, que va caminando y crece hasta el día perfecto.* Esta es la obligación de los justos, resplandecer siempre con buenas obras. *Los que estáis libertados del pecado,* dice el Apóstol (*Rom.*, 6), *y sois siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación*; esto es, no habéis de hacer otras obras sino todas santas. El mismo San Pablo pide a los Colosenses (1, 10): *Andad dignamente, fructificando para Dios en toda obra buena y creciendo en ellas.* En tantas partes y otras muchas se encarga en la Sagrada Escritura cuánto debe procurar quien está en gracia obrar siempre bien y mejor; porque no es de perder el fruto de la gloria, que con las buenas obras recibirá muy barato. No se ha de dejar pasar la ocasión de tales ferias, donde se da la gloria tan de balde.

Allégase a esto, que corre gran riesgo de perder la gracia quien no la quiere doblar. Forzosa es esta negociación. Quien no quiere perder, ha de querer ganar. Témase siquiera la pérdida de lo que no se quiere granjería. Nunca esté contento de su justicia y obras quien quiere sólo guardarlas. Camino es de pecadores, no de justos, el estar parados. Género de presunción peligrosa es, si no se presume subir a la perfección. «Esta es—dice San León (3)—la verdadera justicia de los perfectos, que nunca presuman que son perfectos; porque faltándoles ánimo de acabar el ca-

(3) Serm. 2, Quadr.

mino no acabado, no caigan en peligro de faltar allí donde dejaron el deseo y ansia de aprovechar.»

Todo esto he dicho, no sólo para alentar a los siervos de Dios a que le agraden siempre, aunque no fuera sino por nuestro provecho, pero también para que hagan todos mayor concepto de lo que es la gracia y lo mucho que a Dios agrada, pues le agradan tanto todas las obras que de ella proceden, y procure el cristiano devoto obrar según la dignidad de hijo y amigo de Dios, y por agradar a quien tanto se agrada de un justo y de cualquier acción suya.

Dios se agrada tanto de las obras virtuosas del que está en gracia, por la suma hermosura que el alma tiene, porque es hija querida suya, porque es su amiga entrañable, porque es su esposa muy amada, y por las grandes riquezas de gracias y dones que en ella ha depositado, porque con todos estos títulos está Dios tan prendado de amores del alma santa, y ella está en tal dignidad, que no hace obra de virtud que fuere conforme a su estado, que no lleve a Dios los ojos, y ella sea de gran valor. Porque así como un rey que tuviese un hijo querido, unigénito, con quien de sólo pensar en él se enterneciese, se agradaría más de cualquiera hazaña o servicio que le hiciese, que con muchos de sus esclavos, y sería aquella obra del príncipe más admirada y alabada de los vasallos que las mayores de los particulares; de la misma manera, como Dios ama al que está en gracia más tiernamente que ningún padre a su hijo, y el que está en gracia está en tal dignidad, que no es menos que hijo del Altísimo, por eso se agrada Dios tan notablemente con cualquier servicio suyo, y cualquier obra del justo es más digna y loable que las de aquellos que no lo son.

Ame, pues, el cristiano a Dios por títulos semejantes, y agrádese en cuanto hace su Divina Majestad, por su infinita bondad y hermosura, por ser Padre providentísimo, amigo fidelísimo y esposo dulcísimo, y por las infinitas perfecciones y riquezas de su misericordia. Agrádenos Dios por tantos títulos; agrádenos Dios en cuanto es; agrádenos Dios en cuanto hace.

CAPITULO 9

CUIDADO QUE SE HA DE TENER DE CONSERVAR LA GRACIA, POR EL GRANDE INTERÉS DE GLORIA QUE SE SIGUE DE LAS OBRAS HECHAS EN GRACIA

§ 1

De lo dicho en el capítulo pasado hemos de fijar un vivo sentimiento en nuestro corazón, de lo que importa conservar la gracia y no interrumpirla con pecado mortal. Es para llorar con lágrimas de sangre lo que pasa en esta parte, de los que confiando en la misericordia divina se arrojan a pecar diciendo: «Presto me confesaré.» ¡Oh locos! ¿Dónde sabéis esto? Porque si Dios es misericordioso, también es justo. Infinitos están en el infierno por haber hecho semejante cuenta, que es bien necia y la más desvergonzada del mundo, abusando con ella de la infinita bondad de nuestro Criador.

Pero demos que suceda así: ¿piensas que se pierde poco en perder por una semana o por un día la gracia? Asombro es lo que se pierde, aunque luego te tornes a confesar y te salves. Porque desde que uno peca hasta que se confiesa, en cuantas obras hace no merece gloria, y esto es una pérdida inmensa: Si estuviera en gracia, por todas las obras buenas mereciera gloria, y porque no lo está, ya no la merece, ni con la Misa que oye, ni con la limosna que da, ni con la paciencia que tiene, ni con el ayuno que observa. Y la gloria que había de merecer por estas obras queda perdida eternamente, sin remedio alguno, aunque se confiese con más lágrimas que derramó San Pedro por toda su vida. Pero como ya he advertido, no por eso ha de dejar uno de obrar bien y hacer todo eso y mucho más, porque si

bien el pecador no puede merecer con sus obras gloria, merecerá perdón congruamente, y se dispone para que Dios se apiade de él, que es un grande bien, aunque no tiene que ver con lo que mereciera, si estuviese en gracia.

No se puede decir que no ha perdido nada quien por un mes, y aun por menos, ha perdido la gracia, aunque después se la restituyan. Pues al cabo del mes, cuando la vuelva a recibir, se hallará con mucho menos derecho a la gloria que se hallara si hubiera perseverado en gracia. Esta pérdida es irreparable, y va mucho entrar en el cielo con más o menos gracia, porque un átomo sólo de gracia vale más que todo el universo. ¿Pues qué cuenta es decir: Me confesaré, no importa que peque ahora?

¡Oh maldita criatura y desagradecida a tu Criador! Sí importa, que Dios no sea ofendido; sí importa, que no seas esclavo de Satanás; sí importa, que no se pueda decir de ti que fuiste alevoso a Dios; sí importa, que de cierto pierdes mucho, y de probable puedes perder todo. ¿Parécete cosa poco importante que te pongas en tal estado que te puedas quedar sin nada? Esto será, si Dios no lo remedia con su brazo omnipotente, porque consideradas tus fuerzas, será imposible, sino que perderás todo, pues no hay fuerza en la naturaleza que te pueda sacar de pecado. Pero demos que salgas bien librado por la misericordia divina; estarás con menos gloria cuanta ganarías con las obras buenas que entre tanto hiciste: porque por todas las que obraste en desgracia de tu Criador, no merecerás un átomo de gloria. Por bien que libres, tienes esta pérdida cierta, y en esta pérdida pierdes más que si perdieras mil reinos. Mira con qué juicio piensas que esto es cosa de poca importancia.

§ 2

Allégase a esto, que no sólo se gana con las obras de los que están en gracia más gloria, sino que también se recibe más gracia, y ésta no es de futuro, sino de presente, y con ella más caridad y aumento de las virtudes infusas y de todos los dones del Espíritu Santo. De manera que con cada obra buena se merece gloria que se ha de dar en el cielo, y gracia, que se da luego de contado; con lo cual crece desde luego la posesión de mayor gracia y caridad, y las demás virtudes sobrenaturales, conforme a San Agustín, el cual dice (1), que el Espíritu Santo por la gracia habita en unos más que en otros. Que no es por otra razón sino porque en unos está mayor gracia; y como por la mayor caridad y obras mejores se dice uno más santo que otro, así también se dice que habita en él Dios más que en otros, y por consiguiente, que tiene actualmente más gracia que otros.

Por cierto no habíamos de perder lance de merecer. ¡Oh siervo de Dios! A una palabra que te dicen de poca estima, ¿qué va en callar o responder, aunque no se ofenda Dios gravemente? Si callas, te dan luego más gracia, y te darán después más gloria; si respondes, te quedas sin nada: no va, por cierto, poco en esto. Pues en muchas ocasiones de éstas, ¿qué irá al cabo de un año o al cabo de la vida? Si te acostumbrases a una vida santa y devota, conforme al Evangelio de Cristo, viviendo con fervor y caridad, ¿qué tendrás de más a más al cabo del día, al cabo de la semana, al cabo del mes, al cabo del año, y cuando venga la muerte? ¿Qué va en ser uno fervoroso o tibio? ¿Qué va en hacer dos o tres actos de mortificación más o menos al día? Irá, tener cada día tres grados de gracia de renta; al cabo del mes tendrás cerca de cien grados de más a más; al cabo del año serán cerca de mil y doscientos. ¿Será ésta

(1) Epist. 57, *Ad Dardanum*.

mala renta? Más preciosa, por cierto, que si tuvieras mil millones cada año.

Y como la gracia no se gasta, ni la puede hurtar el ladrón, ¿cuánta tendrás al cabo de la vida? Demos que vivas solos diez años con este cuidado; no irá, a decir, menos que entrar en el cielo con casi doce mil grados de gracia más, y poseer otros tantos de gloria, y esto por toda una eternidad. ¿Por ventura es cosa de poca monta gozar de Dios con doce mil grados de mayor gloria, y amarle con otros tantos mil grados de caridad? Gran cosa es ésta, y no para perder.

¿Pues qué será en aquellos que toda la vida es un perpetuo merecimiento, que pueden decir como el Apóstol: *Por ti nos mortificamos todo el día*; de modo que se hallará a la noche que con todas las obras, palabras y pensamientos han merecido? Estos, cuando mueran, ¿con qué majestad y riquezas de gracia entrarán en el cielo? ¿Por qué no te animas a procurar ser de éstos? Y si no te alientas a tanto, si puedes hacer cada día veinte obras buenas, no te contentes con sólo diecinueve; si puedes tomar cada semana seis disciplinas, no te contentes con cinco; si puedes dar cada mes treinta reales de limosna, no te contentes con un cuarto menos; si puedes ayunar cada año los viernes y sábados, no te contentes con los viernes solos; si puedes hacer cada cuarto de hora un acto de amor de Dios, o una comunión espiritual, no te contentes con que sea cada hora; guiándote siempre, no por tu cabeza, sino por tu Padre espiritual que tienes en lugar de Dios, sin perder un punto de merecimiento.

Esto se ha de entender, aunque no arriesgues cosa en no hacerlo, y aunque no ofendieses a Dios en dejar la obra meritoria; pero cuando se atraviesa disgusto de Dios, aunque sea el pecado más ligero del mundo, entonces mil mundos se han de hundir antes que dejes de merecer más gracia y gloria, y ofendas a tu Criador, por levemente que sea. En lo cual advierto que, aunque son libres las mortificaciones exteriores, de modo que sin ofensa alguna de Dios se pueden dejar con sus debidas circunstancias; pero la mortificación interior no es de esta suerte porque no se puede dejar pasar un afecto desordenado sin ofensa de Dios, venial por lo menos. De modo que dejarle de mortificar y reprimir es culpa. Y así, en

este punto de la mortificación interior nos hemos de tratar sin misericordia, y mirar como necesaria esta mortificación y ocasión de merecer; porque si no se merece gracia mortificando la pasión que sobresale, se merece pena con el desorden de la voluntad y se ofende con ello a Dios. Y así, éste es lance forzoso de mortificación y merecimiento. Bien se pueden dejar de tomar muchas disciplinas y de traer cilicio sin culpa; pero ser una sola vez impaciente y presuntuoso, no puede ser sin alguna culpa; ni un deseo libre, desordenado, puede ser sin pecado, por lo menos venial, ni hay circunstancia que lo excuse. Y así, no se engañe nadie pensando que hace algo de supererogación en esta mortificación interior, porque no hace ninguna cosa más de lo que debe. A todo esto está obligado; no debe disimular en sí pasión desconcertada que no corrija, ni propia voluntad que no haga mil añicos. Toda esta fuerza es poca, cuando va en ello no ofender a Dios y ganar más gracia.

Y si esto se debe hacer en cualquier mortificación del corazón, cuando se puede topar con pecado venial, ¿qué debe hacer el cristiano, cuando va pecado mortal en dejar de hacer alguna obra buena? ¿Qué furor más que de locos fuera si puesto en este punto: «o has de hacer un acto de virtud con que merecerás más gracia y gloria, o has de hacer un pecado mortal», dejaras esta ocasión de merecimiento? Porque en ese estado no sólo perdieras la gracia que podías ganar, sino cuanto antes tenías. Aquí es forzoso reventar antes que dejar de merecer gracia, porque no se pierda toda la que tiene uno de presente, y la que tuviera con las obras buenas, si no pecase.

CAPITULO 10

LA GRACIA HACE QUE LAS OBRAS BUENAS SATISFAGAN POR LAS PENAS DE LOS PECADOS

§ 1

También nos debe hacer mucho peso para estimar la gracia, que no sólo da valor para merecer la vida eterna a las buenas obras que hace-

mos, sino también las da virtud para satisfacer por las penas que por nuestros pecados merecíamos, lo cual no tienen las obras de los que carecen de la gracia.

Y es cosa también esto de notable consideración. Para lo cual se ha de entender que por los pecados que hacemos somos dignos de penas y tormentos, en castigo de habernos apartado de Dios y vuéltole las espaldas, por volver la cara a las criaturas perecederas y haber puesto en ellas el corazón. De suerte que aunque se nos haya perdonado toda la culpa, no se suele perdonar toda la pena que por la culpa merecíamos, sino que quedamos deudores de ella, por la cual hemos de satisfacer en esta vida, y si no, Dios tomará de ella satisfacción en el purgatorio, si uno se salva, o la castigará en el infierno, si se condena.

Como si dos hombres fuesen enemigos porque uno hubiese agraviado a otro, haciéndole algún daño e injusticia, y después se hiciesen amigos, no por eso quitaba que quedase el agraviador, aun después de reconciliado, con obligación de satisfacer el daño que había hecho; porque muy bien podía el agraviado admitir al que le agravió por amigo, perdonándole la ofensa que le hizo, no la deuda que de allí resultó. De la misma manera, aunque a uno se le perdona la ofensa que hizo a Dios, no por eso se le perdona toda la pena que de allí nació, y debe pagar. Y así ha de irla pagando con santas obras de penitencia, limosna y oración, y otras, y con llevar en paciencia las calamidades, enfermedades, dolores y otros trabajos que Dios le envía. De modo que no hay obra ninguna, ni trabajo llevado en paciencia, que no pueda satisfacer para que no lo paguemos en la otra vida, donde se paga con incomparable más rigor de tormentos que en ésta.

Pues la desdicha y mala ventura del que carece de gracia es que con cuanto hace y padece no

satisfará un adarme por la pena de sus pecados; no sólo por la que debe por los que actualmente tiene por confesar, pero ni aun por la pena que quedó a deber de cuentas antiguas—digámoslo así—, esto es, de los pecados pasados que ya había confesado y se le habían perdonado.

Esto es cosa de más momento de lo que parecerá a algunos, por lo mucho que se pierde en ello; y si no se hace concepto de las terribilísimas y largas penas del purgatorio y las eternas del infierno, no se podrá hacer juicio cabal de la importancia de este punto. Porque aunque uno que carece de gracia padeciese cuanto padecieron los mártires y padeció el mismo Cristo, no pagaría con todo por la pena más mínima, aun de los pecados ya perdonados. De suerte que cuanto mal padeciere, que suele ser mucho, y cuanto bien hiciere, no le puede hacer que satisfaga por nada.—Al contrario es quien está en gracia, que con cuanto bien hace y con cuanto mal sufre, se le va descontando de la pena que debe por pecados antiguos. De manera que con todas sus buenas obras va satisfaciendo y disminuyendo y extinguiendo lo que en el purgatorio debía pagar, que sería cosa horrenda, porque son terribilísimas aquellas penas.

San Bernardo dice (1) que allí se han de pagar cien doblado las negligencias que en esta vida se cometen. Mira si va poco de ciento a uno. ¿Quién hay que debiendo cantidad de mil ducados, hallara traza de salir de aquella deuda con sólo pagar diez? El cielo le pareciera que se le abría y no pensara que iba poco en esto. Pues lo que hace quien está en gracia con sus obras es satisfacer con uno por ciento.

Otros santos hablan de tal manera en este punto, que San Bernardo queda corto; porque más exceso que cien doblado significan. San Gregorio

---

(1) Serm. *De Obitu Humberti.*

dice que son más grandes las penas del purgatorio que las penas más crueles de los mártires.

Santo Tomás explica y aumenta más esto, diciendo que las penas del purgatorio no sólo son mayores que las de todos los mártires, sino también que las que padeció el Salvador en su pasión y muerte dolorosísima.

San Agustín dice (2) que aquel fuego es sumamente penoso, porque excede todas las penas que jamás sufrió algún hombre en esta vida.

Los teólogos dicen comúnmente que es el fuego del purgatorio el mismo en especie que el fuego del infierno, y así no hay que espantar que sean tan terribles aquellas penas, principalmente pues se dan con consideración a la gloria para que purifiquen, y a la gravedad de los pecados por que satisfacen. Uno y otro es una cosa inmensa, la gloria de bien y el pecado de mal.

También se considera la eternidad horrible del infierno, cuyas penas eternas se conmutan en las temporales del purgatorio. Y así como un infierno eterno es para asombrar, así aquello en que se conmuta lo eterno, y más guardando Dios leyes de justicia, es para espantar.

Demás de esto, obra allí el brazo omnipotente de Dios extraordinariamente, no por medios naturales, como son los dolores de esta vida, como lo significó por el profeta Isaías (1, 25), cuando dijo: *Yo convertiré sobre ti mi mano, y coceré tu escoria hasta apurarla, y quitaré tu estaño; después de lo cual te llamarás ciudad del justo y fiel.* El *convertir* Dios *su mano* es cosa que significa mucho, cómo está empleada toda la omnipotencia de Dios, significada por la mano, en aquel fuego limpiador; como si dijera que es tan poderoso en él Dios como si no se ocupara en otra cosa ni se divirtiera a obrar en otra parte, sino que todas sus fuerzas convirtiera y ocupara en aquella obra de rigor. También decir Dios que

(2) Lib. *De Cura pro mortuis,* cap. 8.

apurara significa muchísimo; y así, sin duda, son mayores aquellas penas de lo que podemos pensar.

Todo lo cual confirman varias apariciones y revelaciones que ha habido de aquellos tormentos, aun por faltas pequeñas y veniales, que excedían a todo lo que en esta vida se puede padecer. Y si pecados ligeros y pocos son castigados tan severamente, ¿qué serán las penas de los graves y muchos?

Esto es acerca de la pena de sentido del purgatorio, porque la pena de daño, que es dilatarse aquel bien inmenso de la gloria, y estar privado de ver a Dios por toda aquella detención, con los ardentísimos deseos de gozarle que allí tienen las almas, y no los ven hasta entonces cumplidos, es una pena mucho mayor que la de sentido para aquellas santas esposas de Cristo, que están abrasadas de divino amor.

Al Salmista sus vivos deseos le hacían prorrumpir en gemidos y quejas con que muy sentidamente se lamentaba (*Ps.* 119): *¡Ay de mí, que se ha alargado mi destierro; mucho tiempo ha sido desterrada mi alma!* Estas voces de tanto sentimiento le hacían dar los deseos que en otra parte dice (41): *De la manera que desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios: ¡cuándo vendré y me apareceré delante de tu rostro!*

Y si estos deseos y ansias del Salmista eran por andar lejos del santuario y desearle visitar, mucho más confirma la grandeza de sentimiento y pena que tendrán las almas santas por verse detenidas en el camino y que no llegan a su patria a gozar de Dios y ver cara a cara a su Criador, y más no estando en regalos, sino en tales tormentos.

§ 2

Pues díganme ahora los que más bien se aman, ¿con qué podrán pagar el privilegio que les da la gracia, que con cuantas buenas obras hacen los que la tienen, y malas les hacen, llevándolas con paciencia, purguen uno por ciento? ¿En qué precio se puede estimar esta prerrogativa de la gracia, por la cual las obras que no valían cosa alguna para satisfacer en esta vida, ya valen para eso; y no solamente valen, sino que valen con tanto exceso, que por una pena se satisfaga por muchas y por una obra de virtud que se hace en un momento, se paga por mucho tiempo de dolor?

Goza también otro notable privilegio quien está en gracia, porque tiene a su voluntad la disposición de la satisfacción de sus obras: de manera que cuando él no tuviese deudas de penas por sus pecados que pagar, y aunque las tenga, si quiere hacer a otro esa misericordia, puede satisfacer por quien quisiere, y hacer bien a otros justos, vivos o difuntos, como le diere gusto, aplicándoles sus obras y satisfaciendo por ellos como si por sí satisfaciera.

De todo esto carece quien está privado de gracia, porque sus obras no pueden valerle para que satisfaga cosa alguna. De modo, que por mucho que padezca, por enfermedades que tenga, por necesidades que sienta, por miserias que sufra, no puede pagar mientras está sin gracia ni por un adarme de las penas que debe. Y ya que por sí no puede satisfacer, menos puede por otros. Con lo cual pierde más de lo que se puede pensar, ora se salve después, ora se condene: porque si después se arrepiente y se salva, tendrá aquello más que penar cuanto pudiera haber satisfecho y no lo hizo en el estado antecedente, cuando estuvo sin gracia; y si se condena, claro está que lo pagará todo en el infierno. De manera, que aunque uno supiera que se había de condenar, había de procurar estar en gracia todo lo que pudiese, porque cuanto más hubiese durado en este estado, tanto más habría satisfecho por las penas que debía, y así tuviera eso menos que penar en el infierno.

Considérese de todo lo dicho los bienes que causa estar en gracia, cuya dignidad es tanta, que pueda

un hombre con ella satisfacer totalmente a Dios en esta vida por todos sus pecados, y no puede Dios pagarle en esta vida totalmente una obra hecha en gracia, aunque le diese todo el mundo y el señorío de los ángeles, y cuantos bienes criados hay y puede criar. Sólo el mismo Dios, poseído eternamente con la gloria de la bienaventuranza, es digna paga de una obra hecha en gracia.

CAPITULO 11

QUE POR LA GRACIA ESTÁ UNO EN LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, PARTICIPANDO DE TODOS SUS BIENES ESPIRITUALES

§ 1

Otro privilegio grande de la gracia es hacer al que la tiene capaz de las obras satisfactorias de los santos y de todos sus bienes espirituales, gozando entera y cumplidamente del bien que hay en la comunión de los santos, participando de todas sus riquezas. Esta es aquella causa de alegría que tenía David cuando dijo al Señor con gran gozo de su alma: *Participante soy de todos los que te temen y guardan tus Mandamientos.* Con razón se goza de esto el santo rey, porque es una cosa de grande honra y provecho ser uno participante de todos los bienes espirituales de los santos del cielo y tierra.

Mas los pecadores están excluídos de muchos de estos bienes y descomulgados de gran parte de ellos.

Y dejando aparte lo que en otra sazón hemos ponderado, de carecer el pecador del Espíritu de Dios y de los santos, ¿qué mayor desdicha se puede imaginar que, debiendo uno alguna grande deuda, si hubiera una ley que nadie pudiera dar un maravedí a aquel hombre tan necesitado para ayudarle, de suerte que repartiendo hombres ri-